

## La ciudad que no existe: sobre *Urban feels* de Carlos Eduardo Silva

Marta Jazmín García  
Profesora-Departamento de Español  
UPR-Ponce

La poesía sobre la ciudad suele ser solitaria. No en el sentido de presentar pocas interacciones o diálogos, mucho menos de convocar pocos lectores; sino por la introspección que provoca. Estos poemas nos invitan a mirar la multitud, el paisaje compartido, como proyecciones de nuestra identidad y de nuestros recuerdos. Esas veces en que la ciudad es también un modo de ser todas las personas que nos habitan: las de antes, las que alguna vez nos contaron y las que un día seremos.

El escritor Roberto Arlt decía que somos pensados por la ciudad y creados por ella. El poemario *Urban Feels*, de Carlos Eduardo Silva (*Alayubia*, 2016) afirma que la ciudad es también nuestra forma particular de inventarla. En el marco de todas estas posibilidades, el poeta recorre los espacios urbanos de Ponce. Se trata de un escenario donde convergen lo familiar y lo extraño; pues, el sujeto que observa y rememora en los versos, se enfrenta a la transformación de los espacios que reconoce en su entorno. Mirar atrás. Reconstruir el pasado. Aunque no se trate de invocarlo únicamente al modo de lo que Walter Benjamin llamó *la*

What's your proposal?  
To build the just City? I will.  
-Mystan Hugh Auden

*experiencia plena*: un estado de felicidad definitivamente perdido. En *Urban Feels* el recuerdo no sustituye al presente, la nostalgia es el deseo de la nostalgia en sí misma, por lo que no pretende comparar ni enmendar nada. Solo es: “el deseo propio de la noche, / el deseo de la noche por mantenerse noche.” El deterioro de la ciudad, sus alcantarillas, los residuos de una vida mejor forman parte de la ciudad. “Aquí se viene a encontrar / sufrimiento sin el prelude del miedo.” Después de todo, quien mira es quien atribuye los afectos. Como dice el poema “III” de la sección “Ventana”:

*La ventana es el mueble  
más triste  
de la ciudad,  
{...}  
un triste espejo a la inversa  
que te duplica  
y te demuestra el rostro  
hecho de muchas luces.*

La ciudad sucede en los ojos, en la ventana, en el deseo y la voluntad de ver. El lugar desde donde se mira determina así el nacimiento y la caducidad del paisaje. Por eso, más que presentar, los versos de *Urban Feels*

sugieren espacios. De ahí que el paso del tiempo no es lo que transforma la ciudad, sino la sensibilidad inagotable del poeta: “La vitrina ya no está / pero el vidrio siempre existe”. Se trata de un límite que es en realidad un punto de partida para un conocimiento más amplio del entorno y de la propia persona:

*Desde esta ventana al borde  
de un abismo de luces  
se pueden aprender  
muchas cosas*

En *Urban Feels* la ciudad es un personaje. Con ella, el poeta reitera su humanidad y alcanza otra ciudad que trasciende los recuerdos: el espacio creativo, “las ganas intensas de que el mundo nos duela”. Pues, además: “eres la nostalgia desde que naciste.” Llevada a este límite, la experiencia perceptual insta al encuentro con otra dimensión de la realidad, a conectarse con esa “carne del universo” que decía Maurice Merleau Ponty refiriéndose a los significados que no transcurren explícitos ni estáticos y que solo se encuentran mediante la reinención incesante del lenguaje. “¿De dónde salen / los deseos inhabitados del silencio?”: Quien observa, pronuncia y reescribe continuamente el objeto de su atención.

*Urban feels* celebra el predominio de los sentidos. Sentimos y no siempre sabemos cómo. Por eso el poeta sale a descubrir la ciudad en horas de la noche. Pues, si bien la materia prima de la percepción es la incompletud, la subjetividad, la ciudad sucede mejor a oscuras. Sucede en

muchas partes y hay que mirarla desde múltiples ángulos.

*He visto los pedazos caer como  
estrellas  
y quiero yo  
caer como del sexto piso de un  
edificio;  
caer sobre los espejos de la  
calle lluviosa*

La ciudad que no existe solo se siente, se reinventa con cada mirada del poeta. Emerge al ritmo de sus diferentes perspectivas: del cuerpo, del tiempo, de la noche, de la soledad, del deseo, del silencio. En todo momento, el poeta reconoce que su recorrido abre la puerta a otro lugar más allá del que sus sentidos le permiten identificar.

*Qué hay de mí cuando la noche  
se duerme  
junto a todos los demás,  
cuando se llega tarde a esta  
fiesta  
de constelaciones.  
Queda la opción de emborrachar  
a las alcantarillas  
y buscar lo despreciable  
en las calles de otro mundo.*

Desde una ventana o bien desde sí mismo, el poeta recorre la ciudad. A través de esa misma ventana, otras formas de la ciudad también recorren al poeta. De ahí que la incertidumbre y las pequeñas intermitencias que describen algunos versos del libro no representan un obstáculo para la construcción del paisaje, por el contrario, consiguen recrear múltiples dimensiones y hasta un sentido de plenitud:

*La ciudad me miraba por la  
ventana  
y mi desierto arrastrado en la  
cama  
se hacía paraíso.*

La voz poética es un ente introspectivo y soñador que nos invita a recorrer su territorio desde la idealización. De manera que, si bien la perspectiva que propone el poemario es la de un extranjero, en el sentido de alguien que es capaz de asombrarse con cada transformación del paisaje, la lectura de los espacios urbanos que ofrece el libro también presupone una mirada endógena. Esto, a partir de los afectos que despliega el poeta y con los que fusiona elementos de la realidad con su experiencia personal de nativo ponceño. Como describe en el poema “Postes de ron”:

*Fluye por el eco  
de la voz de Daniel Santos  
la luz anaranjada,  
luz que trae el mar bajo el  
cemento.*

La imagen del mar, elemento distintivo de Ponce, sobresale como metáfora del devenir de la ciudad que ha crecido conjuntamente con el poeta, que se de(s)vela y erige en el vaivén de sus añoranzas.

*La playa de Ponce es  
la verdadera ciudad.  
{...}  
la evidencia de que en la  
vida solo se intenta morir.*

Un aspecto sobresaliente en el poemario es precisamente la connotación

de la palabra muerte. Como sugieren algunos versos, morir es el intento de la vida. Es una conciencia vital que se antepone al miedo. La caducidad y la transformación energizan y nombran. En esta ciudad, los transeúntes más valientes arriesgan así sus pasos. Saben que el paisaje terminará tarde o temprano, pero no así sus vivencias. Es esto precisamente el recorrido de *Urban Feels*, los afectos que prevalecen y la mirada que siempre se renueva. Aunque el camino se desmorone en los pies, la ciudad siempre sucederá en los ojos.

*La vida se escapa  
por pequeños rincones  
que se abren en la calle.  
{...}  
Estos rincones, hoyos hacia el  
infierno,  
inhalan peatones suicidas,  
homicidas que atacan su destino*

La muerte, el silencio, la oscuridad, el vacío, forman parte de la arquitectura de la ciudad en *Urban Feels*: “*ser parte del mundo -si lo hay- / y quizás el vacío sea parte de nosotros*”. Como nos dice el poeta, la ciudad también es lo pequeño, el lugar del encierro, la introspección. Esas perspectivas del ente creativo que son formas de la voluntad: un homenaje a los valores propios que se crean del entorno:

*He decidido que aquí puede  
ser la vida,  
ignorando la grandeza de todo  
entre la pequeñez de estas  
cuatro paredes  
y el olor de esta botella azul.*

Finalmente, el libro *Urban Feels* conmueve por la exaltación de lo afectivo y la palabra creadora. Nos invita a cerrar los ojos, a disfrutar el silencio, a caminar frente al recuerdo más significativo. La ciudad que homenajea el libro es la ciudad de Ponce. Pero bien podría ser Mayagüez, San Juan, Barcelona o Alejandría. Puede ser un sollozo en la almohada o un espacio cuadrulado en la ventana de cualquier cuarto. Solo existe esa ciudad; la ciudad que no existe y que constantemente inventamos. Esa que siempre surge al “sentir las ganas incontrolables/ de cerrar los ojos /y alcanzar el fuego.”

